

RECUERDO DE MACHADO

«Oh, sí, conmigo vais, campos de Soria.»

Antonio Machado

Se detiene el poeta unos instantes
y mira el campo con amables ojos,
anchas tierras de Soria bendecidas
por la ternura secular del Duero;
ve complacido a los amigos pájaros
que, al pasar junto a él, gritan su nombre
con verdadero júbilo, los pastos
tendidos bajo el cielo azul purísimo,
los altos olmos, cuyas hojas tiemblan
al transparente soplo de la brisa,
los rebaños de ovejas y de cabras
tras el humedo rastro de la hierba,
las blancas sombras y los claros días,
 pinares y robledos, pedregales
bajo cuyo espesor pugna la tierra
por ver al buitre que atraviesa el cielo
con suma lentitud.

En su memoria,
el patio soleado de Sevilla,
allí donde madura el limonero
que lo viera nacer, el fresco aroma
de los jazmines perfumando el aire...
Lo mira todo minuciosamente,
con entusiasmo, como miraría
los labios de Leonor prestos al beso,
mientras oye el romance
claro del agua, su piadosa música.
Sonríe don Antonio con nostalgia.
«Impera el orden —dice—,
es todo como Dios quiso que fuera.»
Tiende la mano hacia adelante, toma
del suelo una pequeña margarita,
la besa con unción y, suspirando,
la arroja al hondo corazón del Duero.

Julián Márquez Rodríguez